## TESTIMONIO.

## Marta Ferreyra

on la primer regla sentí que no iba a poder seguir creyendo en mí por mucho tiempo. Ese frágil cuerpo que había estado conmigo trece años empezaba a comportarse impredecible, imprevisible. Mis pezones, lo recuerdo muy bien, comenzaron a dolerme un año antes. ¿Qué pasaba en mí? Había mujeres a mi alrededor, bueno, no sé si mujeres sea el término adecuado... había mamá, había abuela, había hermana, había silencio. ¿Cómo saber qué me pasaba?

A veces miraba nostálgicamente las fotos de mi niñez y lograba detectar algunos cambios, sobre todo en los ojos. Sentía que perdían candidez, bondad... ¿La cercanía al placer me estaría haciendo mala?

No me gustaba mi vida... sabía que me iba haciendo mujer y eso no me gusta ba. Nadie supo darme confianza, quitarme el miedo. Mi secreta fantasía era que alguien me dijera un día: "Ya eres una mujer. Puedes abrir tus ojos". Pero no. Los años pasaron y nada de esto sucedió. Los días de angusria, de correr hacia el espejo para recordar mi cara, los días de ganas de tocarme y el miedo y la cuipa por tener ganas, la ignorancia, la nostalgia de la inocencia que se pierde y el temor frente al lugar que se va ganando y con el que no se sabe qué hacer.

Aquellos días, decía, fueron pasando, pero dejaron en mí una profunda huella, un surco de terror y de angustia que no se cerró jamás. De esto me di cuenta hace poco.

Así las cosas, traté de no preguntarme más sobre cuál debía ser el camino, y opté por seguir el que estaba señalado por la familia y las consignas. Fueron años terribles... llenos de ganas frustradas de saltar, estallar, vibrar. Sin ninguna idea sobre quién era, ni qué hacía, intercalaba con destreza los tácitos lemas maternales (crear dependencia en los demás a costa de mi supereficiencia) con los honorables modelos de algunas mujeres de la revolución.

¿El resultado? Veinte años, excelente ama de casa, promisoria intelectual al servicio de alguna causa digna (léase marido o revolución) y lo peor: un cuerpo muy bien adiestrado para no sentir nada.

¿Qué era ser mujer para mí, entonces? No lo sé. Creo que me había asustado tanto en mi adolescencia que ni siquiera quería volvérmelo a preguntar;

tenía veinte años, y claro que no era una mujer. Era esposa, militante, hermana, tía, hija, pero yo, en relación a mí, no era nada. Mi cuerpo era un detalle que cargaba honrosamente pero sin cuestionamientos, hasta el momento en que se convirtió en blanco de una de las más ingratas agresiones machistas: el primer "no me erotizas" de mi compañero, unido al "quien más to va a querer" de mi madre, cayeron casi al unisono en mi vientre y en mis pechos. Profundamente.

Esto quedó allí, encerrado por el miedo, por el orgullo herido y la verguenza de no cumplir, de no haber gustado. No pude perdonarme esa falta... ¿Cómo era posible que a mí? ¿Justamente a mí?, y cada vez me alejaba más del camino, perdía el horizonte. No volví a preguntarme sobre mí, sino varios años después. ¿Por qué? Creo que por temor. Un temor atroz a contestar que no recordaba la pregunta simplemente porque no lo quería hacer.

Los años pasaron. Hoy tengo veiticinco. Aceptarme como mujer me llevó a separarme de mi compañero y alejarme de mi familia. No sé si fui yo quien no supo hacer que se quedaran a mi lado, pero lo cierto es que interiormente, el movimiento ha sido tan grande y violento, que los tuve que dejar ahí, en el camino. A veces los extraño, pero no sé cuándo pueda volver a encontrarlos. Tal vez algún día.

Trato de preguntarme qué pasó. Y la respuesta, aunque difícil, no es imposible: redescubrí mi cuerpo, el mismo de mis trece años, cambiado, pero igualmente sorprendente, mágico, esencial. Supe que se podía mover, sentir, que podía jugar con él, en él, por él. Que se podía tocar, que yo lo podía tocar, profanar... y que yo podía gozar.

Jugar y gozar fueron dos verbos que recuperé. Mi memoria los guardaba maravillosamente en algún rincón y un día me los devolvió. Los dejó escapar. Tuve que volver a aprender a conjugarlos... algunas cosas recordé sola, en otras (lo confieso) me ayudaron o improvisé.

No hace mucho me di cuenta de que la mujer, más que ser, va siendo. Y yo voy siendo mujer. Mis veinticinco años no fueron en si mucho más que una cifra. Creo que la clave fue la certeza que nació en mí de querer ser tratada y aceptada como soy, de buscar amar y ser amada así, sin cambios, tal cual me encuentro, tal como me veo: de dejar de buscar la libertad para empezar a encontrarla y, sobre todo, supe que esta ba siendo mujer el día que alguien lo confirmó llamándome loca.

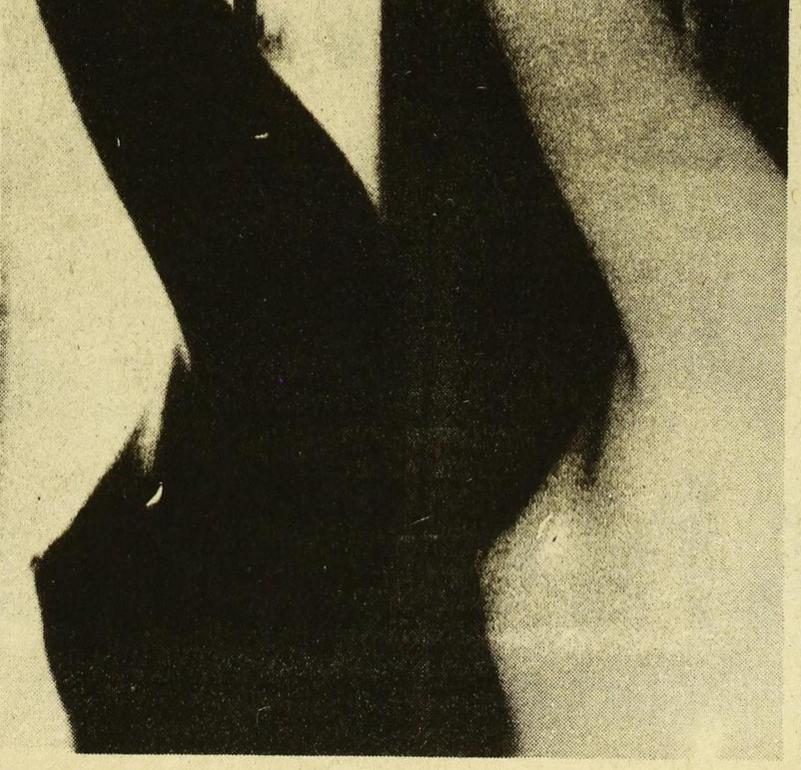


Foto: María Inés Roqué 18 anos

